

Investigación Social Rural

Buscando huellas en la arena

Roberto Diego Quintana

Coordinador

Graciela Ameyra. Antonieta Barrón. Beatriz Canabal. Carlos Cortez.
Roberto Diego. José Manuel Hernández. Sara María Lara. Arturo León.
Luisa Paré. Teresa Quinto. Fernando Rello. Vania Sales. Rodolfo Tuirán.
Verónica Vazquez. Emma Zapata.



Casa Abierta al Tiempo

PLAZA Y VALDÉS

P Y V

EDITORES

INVESTIGACIÓN SOCIAL RURAL

Buscando huellas en la arena

Roberto Diego Quintana
(coordinador)

Luisa Paré
Guillermo Almeyra
Roberto Diego
Fernando Rello
María Teresa Quinto
Beatriz Canabal
Carlos Cortez
Arturo León
Verónica Vázquez
Emma Zapata
Vania Salles
Rodolfo Tuirán
Sara María Lara
María Antonieta Barrón
José Manuel Hernández



Diseño de portada: Roberto Diego Quintana y José Luis García

Fotografía: Simojovel Chiapas (1982) Pedro Valtierra

Primera edición: julio del 2000

INVESTIGACIÓN SOCIAL RURAL
Buscando huellas en la arena

© Roberto Diego Quintana
© Universidad Autónoma Metropolitana
© Plaza y Valdés, S.A. de C.V.

Plaza y Valdés, S.A. de C.V.
Manuel Ma. Contreras núm. 73
Col. San Rafael, C.P. 06470
México, D.F. Tel. 5705-56-46

Derechos exclusivos de edición reservados para todos los países de habla hispana. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin autorización escrita de los editores.

ISBN: 968-856-822-8

Impreso en México

ÍNDICE

Agradecimientos	7
Introducción	9
<i>Roberto Diego</i>	
La investigación aplicada para el desarrollo sustentable: un reto para la antropología	13
<i>Luisa Paré</i>	
Estudio histórico social: cómo interrogar	35
<i>Guillermo Almeyra</i>	
Los avatares en la investigación del desarrollo rural comunitario	43
<i>Roberto Diego</i>	
Desarrollo rural y ciudades intermedias: las tripas de una investigación	63
<i>Fernando Rello</i>	
Historia oral e historias de vida en el campo: ritmos y tiempos de la empatía con los informantes	75
<i>María Teresa Quinto</i>	

Actor y movimiento social en la investigación del desarrollo rural	83
<i>Beatriz Canabal</i>	
La investigación sobre la acción social o el difícil arte de buscar huellas en la arena	91
<i>Carlos Cortez</i>	
Una propuesta para investigar las estrategias de reproducción campesina en Tierra Caliente, Guerrero	105
<i>Arturo León</i>	
¿Existe una metodología feminista?	121
<i>Verónica Vázquez y Emma Zapata</i>	
La pobreza y su feminización: rutas para su comprensión	141
<i>Vania Salles y Rodolfo Tuirán</i>	
Notas metodológicas para el estudio del mercado de trabajo rural	171
<i>Sara María Lara</i>	
Jornaleros agrícolas: viejos y nuevos fenómenos	187
<i>María Antonieta Barrón</i>	
¿Cómo abordar el análisis de los mercados de trabajo agrícolas?	197
<i>José Manuel Hernández</i>	

NOTAS METODOLÓGICAS PARA EL ESTUDIO DEL MERCADO DE TRABAJO RURAL

*Sara María Lara*¹

Hoy en día, se considera que más de la mitad de la población económicamente activa agropecuaria de México está conformada por trabajadores agrícolas.² No obstante, poco sabemos acerca la capacidad del mercado de trabajo rural para emplear a esa fuerza de trabajo, de las características actuales de ese mercado de trabajo, o de las condiciones en las cuales tienen que competir los trabajadores para poder emplearse. Sin duda, se trata de un problema difícil de captar por la velocidad de los cambios que se están sucediendo en el agro mexicano, pero probablemente también por los enfoques metodológicos utilizados en el estudio del empleo rural y de los mercados de trabajo.

Este artículo no pretende presentar una solución al respecto, sino señalar las dificultades metodológicas que tenemos en la actualidad aquellos que estamos interesados en captar y analizar estos problemas, en el entendido de que todo problema de estudio o de investigación se construye, y que esta construcción responde a un momento histórico determinado.

En este trabajo hacemos una primera revisión de cómo ha ido cambiando el objeto de estudio en las investigaciones sobre el trabajo rural, a lo largo de las tres últimas décadas,

¹ Profesora del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

² De acuerdo con la Encuesta Nacional de Empleo de 1997, se calcula en 10'427,954 los "sujetos agropecuarios", es decir, aquellos que declararon haber tenido una ocupación en el sector. El 40% (3'200,604) son productores, en tanto que el 60% (4'665,105) son trabajadores. En el rubro de trabajadores se registran más de dos millones de jornaleros o peones (2'047,164), sólo 227,068 empleados u operarios, pero un número significativo de trabajadores "sin pago", que alcanzan a ser 2'390,873, lo que corresponde a trabajo familiar o comunitario (Lara, 1999).

para después marcar las dificultades metodológicas que presentan estos estudios. Finalmente, presento la metodología que yo misma he seguido en mi investigación y una crítica de los problemas que actualmente encuentro en mi propia propuesta.

Antecedentes

En México son escasas las investigaciones que se refieren al estudio del mercado de trabajo rural. Esta temática surge como tal hacia mediados de la década de los ochenta. Anteriormente el interés estuvo enfocado al análisis de la estructura agraria y/o de los sectores o clases sociales que la integran.

Autores como Stavenhagen (1969), Gutelman (1971), Pozas y Horcacitas (1971), Bartra (1974) y el trabajo realizado por el Centro de Investigaciones Agrarias (CDIA) (1974), tuvieron como objeto de estudio *la estructura agraria del país*, y en este contexto analizaron la existencia de campesinos pobres o de agricultores sin tierra que podrían ser considerados como jornaleros o proletarios, porque dependían básicamente de la venta de su fuerza de trabajo para lograr su subsistencia. Especialmente Gutelman y Bartra se interesaron en el proceso de “descampesinización” o de “proletarización” del campesinado pobre que, a su modo de ver, era el resultado del tipo de desarrollo capitalista que se había impuesto en el campo mexicano.

Sin duda, se trata de estudios fuertemente influenciados por las tesis de Lenin en *El Desarrollo del Capitalismo en Rusia*, y de Kautsky en su obra sobre *La Cuestión Agraria*. Por lo mismo, otorgaron especial importancia a la conformación de una clase social cuya existencia está directamente relacionada con la posesión o no de la tierra, su productividad, la pertenencia de otros medios para hacerla producir, así como de la capacidad para trabajarla por sí mismos y con ayuda familiar, o mediante la contratación de mano de obra asalariada. En este sentido, la metodología utilizada descansaba fundamentalmente en una estricta contabilidad de factores que intervienen en la producción, lo que permitió la elaboración de complejas tipologías de unidades de producción. Así, el libro del CDIA (1974) se convirtió en un “clásico” para los estudiosos del campo mexicano porque presenta una tipología de los distintos estratos en los que se pueden agrupar las unidades productivas a nivel nacional.

Por su parte, el libro de Roger Bartra acerca de *la Estructura Agraria y Clases Sociales en el Campo* desató una importante polémica entre dos corrientes de análisis: la de los “campesinistas” y los “descampesinistas”, también llamados “proletaristas”.³

³ Se encuentra una importante cantidad de artículos y tesis de grado que se adscriben a una y otra corriente y alimentaban el debate. Sus principales teóricos fueron Armando Bartra, Roger Bartra, Manuel Coello, Ariel Contreras, y Arturo Warman, entre otros. Una síntesis de dicha polémica puede encontrarse en Ernest Feder (1977).

Bartra hace un minucioso análisis de las clases sociales que pueden encontrarse entre los productores agrícolas. Su método consiste en contabilizar los insumos y la producción de 100 unidades agrícolas encuestadas en el valle del Mezquital, Hidalgo. Considera como un elemento importante para realizar este análisis imputarle un precio a la renta de la tierra (como mecanismo de extracción de plusvalía), al desgaste de la maquinaria y medios de producción, así como al trabajo aportado (aun si se trata de trabajo familiar o propio). Sus variables intentan reflejar las condiciones en las que operan las distintas unidades productivas al enfrentarse al mercado, y detectar cuáles de ellas arrojan un saldo positivo o negativo. Sus conclusiones señalan “un intenso proceso de proletarización del campesinado” que no tiene posibilidades de revertirse.

Un poco más tarde, pero como parte de esa discusión orientada a explicar la tendencia de la estructura de clases en el campo mexicano, aparecen los estudios que tienen como objeto de investigación a *los trabajadores agrícolas* o más concretamente al *proletariado rural*. El libro de Luisa Paré (1977) es pionero en este tema, así como el de Mario Aguirre Beltrán y Hubert C. de Grammont (1982), o la compilación de C. de Grammont (1986) que recoge distintas situaciones en México. Uno de los méritos indiscutibles de estos libros es, ante todo, el de haberle dado visibilidad social a un grupo escasamente estudiado en esa época.⁴

La propuesta metodológica de Luisa Paré consistía en hacer un recuento del origen de los ingresos de los trabajadores. En tanto que considera que la proletarización consiste en un proceso que se refleja en la paulatina pérdida de los medios de producción, su objetivo consiste en estudiar las situaciones que se van produciendo desde la semiproletarización hasta la completa separación del trabajador de sus medios de producción y su sostenimiento básicamente a partir de la venta de su fuerza de trabajo. Su estudio se apoya en la aplicación de un cuestionario a trabajadores agrícolas del valle del Mezquital, Hidalgo y de la zona cañera de Atencingo, en Puebla.

En el libro de Luisa Paré (1977), así como en el trabajo de Hubert C. de Grammont (1982 y 1986) se buscó dar cuenta de la importante heterogeneidad entre los asalariados agrícolas. En este sentido elaboraron tipologías, no de unidades productivas como en los estudios anteriormente citados, sino de los trabajadores. Para ello, tomaron como base distintos indicadores de diferenciación de este grupo social. Paré considera como elementos importantes de clasificación del asalariado su vínculo con la tierra, el carácter eventual o permanente del empleo, su calificación, la condición migratoria, y la empresa contratante, mientras Grammont, además de dichos elementos incluye también la pertenencia o no a un grupo étnico.

⁴ Hasta ese momento sólo se había realizado el estudio de C. Botey, J.L. Heredia y M. Zepeda (1975).

En la medida en que el objetivo de estas investigaciones fue el estudio de los sujetos que se incorporan al mercado de trabajo, destacando su carácter de clase (no por nada se estudia “al proletariado”), sus instrumentos metodológicos buscaron captar la situación de los individuos responsables de las unidades productivas, fundamentalmente de hombres adultos con tierra y sin tierra. Por lo mismo, dejaron de lado la situación de otros grupos que también forman parte del asalariado rural, como son las mujeres y los niños que pocas veces tienen acceso a la tierra (aunque esto ha cambiado recientemente).⁵ Por otro lado, si bien se interesaron en las empresas contratantes, al poner el acento en el estudio de los trabajadores, no analizaron el mercado de trabajo como el espacio donde se realiza la venta de la fuerza de trabajo.

El enfoque de los mercados de trabajo y del empleo rural

Sin duda fue Enrique Astorga (1985) el primero en tener como objeto de estudio el *mercado de trabajo rural*. Su libro constituye un importante aporte tanto por la amplitud con la que aborda el tema como por los ejemplos que ofrece. Sin detenerse en discutir el enfoque teórico utilizado al considerar el mercado de trabajo rural como un espacio en donde la fuerza de trabajo se comporta como cualquier otra mercancía, su metodología se orienta a captar las fases (promoción, acopio, transporte, almacenamiento y consumo) y niveles que comporta dicho mercado de trabajo.

Para Astorga el mercado de trabajo rural se refiere tanto a los procesos de producción de peones como a la distribución y consumo de la fuerza de trabajo, así como a los canales y niveles por los cuales ésta transita. Considera al trabajador agrícola o peón como una “mercancía humana” que responde a una demanda definida por el número de jornales que cada planta requiere, de acuerdo al nivel tecnológico existente en un momento dado. En este sentido, el empleo estaría dado por el tipo de demanda que se genera en torno a cada cultivo.

Otros estudios recientes enfocan su análisis a los mercados de trabajo rurales, en particular a aquellos mercados que surgen en torno a los productos hortícolas. Este es el caso del trabajo de Antonieta Barrón (1993) para quien el mercado de trabajo es “el lugar en donde se ofrece y demanda fuerza de trabajo asalariada”. Otro estudio es el de Emma Lorena Sifuentes (1996) quien estudia el comportamiento de los mercados de trabajo en Nayarit en las dos últimas décadas. Ambas investigaciones se interesan en estudiar la incorporación de las mujeres al trabajo asalariado.

⁵ Un análisis crítico de estos trabajos se encuentra en Sara M. Lara (junio 1991).

Barrón se apoya en la teoría institucional que considera la existencia de un mercado de trabajo dual con la presencia de mercados primarios y secundarios. Los primarios, o desarrollados, se caracterizarían desde su punto de vista, por tener una división social del trabajo más marcada, en tanto que en los mercados secundarios existe una débil división del trabajo. El empleo femenino se daría principalmente en los mercados primarios como resultado de una mayor diversificación de ocupaciones. Para apoyar su tesis realiza un estudio en 12 localidades productoras de hortalizas ubicadas en seis estados del país.

De acuerdo con este planteamiento se ha propuesto una metodología que permitiría captar el tipo de mercado al que concurre la fuerza de trabajo.⁶ Para ello se considera relevante estudiar: el patrón de cultivos, las características de los productores y el perfil de las unidades de producción, el estudio del volumen y la comercialización de la producción, los rasgos generales de la mano de obra asalariada que interviene en la producción y su perfil sociodemográfico, las distintas etapas del proceso de trabajo, la condición en la que laboran los trabajadores y las migraciones que se generan, así como los conflictos sociales y laborales. Como temas particulares se añaden algunos aspectos que se refieren a las mujeres (fecundidad, anticoncepción, etc.) y otros a la relación del trabajador con la tierra.

Otros estudios regionales y por producto destacan la importancia de las mujeres en ciertos mercados de trabajo, participando principalmente en el empaque y acondicionamiento de productos orientados a la exportación. También se marca la presencia, cada vez mayor, de niños y de familias de indígenas. Una buena parte de estos estudios son investigaciones de tesis que si bien no hacen un planteamiento metodológico particular, estudian la división sexual de tareas en algunos productos.⁷

Menos numerosas son las investigaciones que tienen como objeto de investigación el empleo rural. Puede mencionarse principalmente el artículo de Mercedes Pedrero y Arnulfo Embriz (1992) quienes, con base en el análisis de la Encuesta Nacional de Empleo de 1991, marcan las principales tendencias a nivel nacional. Cuantifican a los sujetos agropecuarios, tanto en las localidades menos urbanizadas como en las más urbanizadas, a partir de la declaración de actividades que realizaron los entrevistados en la semana de referencia, así como en un período más amplio de seis meses. Ofrecen información con

⁶ Se trata de una propuesta que surge como resultado de un Seminario sobre Mercados de Trabajo Agrícolas, organizado por Emma Lorena Sifuentes y Omar Wicab en el marco del Programa Interdisciplinario de Investigación e Informática sobre Asuntos Rurales de la Universidad Autónoma de Nayarit, que tuvo lugar en mayo de 1993. Véase Barrón y Sifuentes (1997).

⁷ Se puede mencionar la tesis de maestría en Flacso de Boris Maraño (1996) para el caso del espárrago en Guanajuato y Perú; la de Ma. de la Luz Macías (1995) sobre tres cultivos de exportación: esqueje de geranio en Morelos, aguacate y mango en Michoacán; el artículo de Blanca Suárez (1995) sobre aguacate y mango en Michoacán; el trabajo de Kirsten Appendini (1995) sobre la flor en Morelos y el mango en Michoacán, y Becerril (1998) sobre flores en el Estado de México, entre otros.

respecto a la ocupación principal, la composición por sexo y edad (12 años y más) de esta población, ingresos y establecimientos en los que laboran, entre otros indicadores que permiten analizar dicha encuesta.

No obstante, recientemente la propia Mercedes Pedrero (1997) ha destacado los principales problemas que enfrenta el estudio del empleo rural a través de los censos o encuestas nacionales. Señala como primer obstáculo la definición de qué es lo que puede ser considerado como "rural". En efecto, uno de los primeros problemas metodológicos a resolver consiste en definir si el universo de análisis está dado por las actividades en las que interviene la fuerza de trabajo, en cuyo caso se tiende a captar la producción agropecuaria. La otra posibilidad es la de privilegiar a la unidad geográfica, definida como rural por el número de habitantes y la carencia de servicios públicos, entre otras cosas.

Pedrero marca la dificultad de captar las unidades geográficas porque eso conduce a dirigir el estudio a los hogares en donde las unidades domésticas muy seguido se confunden con las unidades productivas. En ellas podemos encontrar que la forma común y periódica de allegarse ingresos es a partir de una multiplicidad de actividades no agropecuarias. Además, agrega, así se capta la actividad principal de la unidad productiva, pero no la de cada persona. Tampoco se pueden registrar los movimientos diarios de población rural a localidades urbanas para desempeñar actividades no agropecuarias.

Por el contrario, cuando lo que se busca es estudiar a la población dedicada a actividades propiamente agropecuarias resaltan otra serie de problemas. En particular destaca la posibilidad de estar realizando un doble registro, tanto en los lugares de vivienda como en los de trabajo, dada la gran movilidad de los trabajadores agropecuarios. Otro inconveniente a tomar en cuenta es el período de referencia, porque si éste considera un lapso de tiempo muy corto (por ejemplo de una semana) como sucede al levantar los censos nacionales, entonces podemos captar situaciones que no son las que caracterizan en general a la población estudiada. Mientras que cuando el período se amplía (por ejemplo, la Encuesta Nacional de Empleo considera las seis semanas anteriores al levantamiento) se corre el riesgo de contar varias veces a los mismos trabajadores que se encuentran movilizados en distintas regiones productivas.

Un problema que sin duda distorsiona la captación del empleo rural en México, es el del trabajo familiar que aparece como trabajo no remunerado. En la Encuesta Nacional de Empleo de 1995 y 1997 los trabajadores que se ubican en este renglón ascienden a más del 50% del total de los trabajadores agropecuarios. Y sin embargo, Pedrero señala la dificultad para declararse como trabajador a aquellos que laboraron en una unidad productiva familiar sin percibir ingresos.

En síntesis, los problemas para estudiar el empleo rural son múltiples, pero se vuelve cada día más necesario encontrar una metodología adecuada para captar sus tendencias a

nivel nacional, toda vez que lo que hasta ahora se tiene son estudios regionales o por producto que hacen algunas estimaciones puntuales.

Cómo construí mi propuesta metodológica

Como puede verse, el objeto de investigación relativo al trabajo rural ha ido cambiando a lo largo del tiempo, de acuerdo a los enfoques teóricos prevalecientes en distintos momentos. En consecuencia, el método a seguir ha sufrido modificaciones al adecuarse a dichos objetivos.

En mi propia experiencia, la pregunta inicial de la investigación buscaba entender lo que explica la presencia cada vez más significativa de mujeres dentro del asalariado rural. Bajo esta línea de investigación mi objeto fueron "las jornaleras agrícolas",⁸ como lo fue también para otras investigadoras que en la década de los ochenta reaccionaron en contra de la invisibilidad social de este sector (Arizpe y Aranda, 1981; Deere y León, 1986; León, 1982; Rooner, 1981; Roldán, 1981).

Mi hipótesis principal relacionaba el incremento de la mano de obra femenina dentro del asalariado rural con la intensificación de la producción de cultivos de exportación y la preferencia, por parte de los empleadores, de esta mano de obra para el desempeño de ciertas tareas en las que, supuestamente, las mujeres resultan ser más hábiles. Por tanto, la metodología consistió en hacer un registro minucioso de las actividades para las que son contratadas las mujeres en determinados cultivos.

Sin embargo, pronto deseché la hipótesis anterior, al confirmar que las mismas tareas para las que se contrata mano de obra femenina en México, son desempeñadas hábilmente por hombres migrantes e ilegales, en otros contextos sociales, principalmente en Europa y Estados Unidos.

Caí en cuenta que descansar la explicación de un fenómeno en la existencia de cualidades que naturalmente tenían las mujeres, era un planteamiento sexista. En el curso de mi investigación pude constatar que esas habilidades habían sido aprendidas por las mujeres en las propias empresas, después de varias temporadas de trabajo. Si bien también se podía tener en consideración que, en ocasiones, eran saberes transmitidos de generación en generación entre mujeres de un mismo oficio, como es el caso de las empacadoras de tomate en Sinaloa.⁹ También podía tratarse de "calificaciones tácitas" o previas, aprendidas en las unidades domésticas, como sucedía en el caso de las floristas del Estado de

⁸ Los primeros artículos míos con este enfoque se encuentran en Sara Lara (1988).

⁹ Al respecto pueden consultarse otros trabajos que he escrito (Lara, 1993 y 1995).

México que habían participado en la producción de flor, en pequeñas parcelas familiares, antes de incorporarse al trabajo en las empresas florícolas de exportación (Lara, 1998).

La posibilidad de conocer otras experiencias en América Latina y en Europa me permitió replantear mi investigación, porque pude darme cuenta de que cada proceso productivo se organiza de acuerdo a una división social del trabajo que no es neutra. Es decir, que no son “las plantas las que ordenan”, como lo plantea Astorga (1985), en el sentido de que cada cultivo demanda un cierto número de jornales, y la mano de obra más adecuada para su desempeño. Por el contrario, son los individuos los que ponen en marcha una organización del trabajo determinada, la cual no hace sino reproducir las diferencias y asimetrías que existen en la sociedad. Bajo este planteamiento, mi interés consistió en estudiar cómo un proceso técnico (la producción de una planta) se convierte en un proceso social y cultural.

De este modo, mi objeto de estudio fue *la organización de los procesos de producción*. Mediante un cuadro sintético, que registra cada una de las etapas en la producción de un cultivo, busqué señalar: puestos de trabajo, actividad desarrollada en cada puesto; división sexual de tareas; origen de la mano de obra (migrante o local); forma de empleo (temporal o planta); horario (rígido o flexible); formas de pago; monto salarial; temporada en la que se lleva a cabo la actividad e instrumentos y equipo utilizado.

El resultado fue muy interesante. En primer lugar porque encontré que cada proceso de trabajo, por simple que fuera, estaba organizado bajo una división sexual, étnica y, a veces generacional, de la fuerza de trabajo. Verticalmente los puestos eran claramente ocupados por hombres o por mujeres; en muy raras ocasiones se trataba de una actividad desempeñada indistintamente por unos y otras. En tanto que horizontalmente había etapas o fases del proceso productivo en donde únicamente interviene mano de obra local y otras realizadas por mano de obra migrante e indígena, principalmente en tareas poco apreciadas por la mano de obra local, como es la plantación y la cosecha de hortalizas.

En segundo lugar, pude apreciar que la organización del trabajo no es rígida e inmutable, sino sumamente flexible y cambiante a lo largo del tiempo y en función de las estrategias que las empresas ponen en marcha en un momento dado. Cada proceso productivo evoluciona a lo largo de la historia. Pero dicha evolución no se lleva a cabo estrictamente en función de los avances tecnológicos. El desarrollo de la ciencia a veces va más rápido que la capacidad de las empresas para integrarlos, porque éstas llevan a cabo un balance de las ventajas adicionales que les reporta incorporar una nueva tecnología. Esta situación me quedó clara al estudiar los cambios que había sufrido la producción de tomate de exportación en Sinaloa, desde que comienza a cultivarse con estos fines, en la década de los veinte, hasta la fecha.

El estudio de varios cultivos hortícolas en el Estado de Sinaloa y de varios tipos de flor en el Estado de México, me permitieron confirmar que los procesos de trabajo no son sino

el lugar en el que se expresa la organización de un complejo sistema de relaciones que se da a nivel del mercado de trabajo. Esto es, que la contratación de mujeres locales para desempeñar determinadas tareas en los empaques de hortalizas y en los invernaderos de flores, o de familias indígenas para las cosechas de hortalizas, y de hombres locales para realizar actividades que corresponden a los puestos que se consideran calificados, no es el resultado de una exigencia técnica, sino de una decisión basada en normas sociales y culturales.

Teniendo en cuenta lo anterior, mi objeto de investigación pasó de ser el estudio de la organización de los procesos de trabajo para orientarse al análisis del comportamiento del *mercado de trabajo rural*. Sin embargo, para mí este mercado no se reduce al lugar de encuentro entre oferta y demanda de fuerza de trabajo. Después de confirmar que los mecanismos de asignación de los trabajadores van cambiando con el tiempo, pero no sólo en función de las tecnologías sino del contexto social, cultural y económico, llegué a la conclusión de que el mercado de trabajo rural es un espacio en donde se expresan las asimetrías que caracterizan a la sociedad en su conjunto: de clase, género, étnicas y generacionales.

Llegado a este punto, mi metodología tendió a buscar los elementos que permiten organizar los procesos de trabajo apoyándose en las desigualdades sociales. En particular, aquellos que ofrecen ventajas a las empresas para contratar mano de obra femenina y explican la creciente participación de mujeres en ciertas fases de los procesos productivos. La hipótesis que manejé en mi libro (Lara, 1997) es que la mano de obra femenina participa en las fases "clave" de los procesos productivos; aquellos que garantizan la calidad de los productos que se exportan. Las actividades que allí realizan requieren de una calificación y exigen mayor flexibilidad que en otros puestos.

Mi investigación de campo se dirigió a captar los elementos que fundamentaron esta hipótesis. En primer lugar, consideré importante conocer las necesidades particulares de las empresas en el momento actual, caracterizado por un intenso proceso de cambio para enfrentar la globalización y la intensificación de la competencia en los mercados internacionales. La enorme flexibilidad con la que hoy en día operan estas empresas, hace innecesario conocer indicadores tales como cantidad de tierra, patrón de cultivos, tecnologías, tipo de crédito, etc., como se propone en Barrón y Sifuentes (1997). Me parece que es necesario hacer un estudio de la dinámica de dichas empresas, captando las distintas formas mediante las cuales hoy se tiene acceso a la tierra; la diversificación de cultivos, las modalidades de combinación de nuevas y viejas tecnologías, la movilidad geográfica de las empresas, así como las nuevas formas de gestión del trabajo.

Con respecto a este último punto me di cuenta de que el número de jornales que se requiere para cada cultivo no puede dar cuenta, por sí mismo, de la demanda de mano de obra. No sólo porque la incorporación de nuevas tecnologías modifica rápidamente esta

circunstancia, sino porque las empresas tienden a hacer una combinación de formas modernas y tradicionales de producción, celebran contratos de producción con pequeños propietarios que utilizan mano de obra familiar y modifican sus sistemas productivos de un ciclo a otro para introducirse a un nuevo nicho de mercado, entre otras cosas. Además, han diversificado no sólo sus productos, sino sus mercados, y cada uno de ellos sigue normas de calidad particulares (Lara, 1999), lo que plantea requerimientos de trabajo específicos.

En este sentido, consideré importante analizar las competencias que se movilizan en el desempeño de las tareas que realizan mujeres y hombres en determinados procesos de trabajo (producción de hortalizas en Sinaloa e invernaderos de flores en el Estado de México). Calculamos el tiempo de aprendizaje y el tipo de conocimientos que se requieren para llevar a cabo cada actividad, con la velocidad y habilidad que las empresas exigen. El resultado me permitió plantear que la mano de obra femenina contratada para el empaque de hortalizas y para trabajar en el corte y manejo de flores (actividades que son desarrolladas básicamente por mujeres) cuenta con una calificación, pero que ésta no es reconocida ni valorizada por las empresas. Y es esto lo que explica la preferencia por este tipo de mano de obra.

Al mismo tiempo, me interesó captar las necesidades de las empresas modernas en términos de flexibilidad en el uso de la fuerza de trabajo, distinguiendo la flexibilidad cuantitativa de la cualitativa. En cuanto a la flexibilidad cuantitativa, encontramos, a través del cuadro de registro de procesos de trabajo, que los puestos que ocupan las mujeres ofrecen mayor flexibilidad en términos de contratación (horarios, temporalidad) y de formas de pago (destajo, por productividad y otras). Por su parte, se buscó estudiar la flexibilidad cualitativa a través de tres elementos: calificación, polivalencia e implicación, encontrando que los puestos femeninos ofrecían mayores posibilidades de contar con estas cualidades.

Igualmente, el cuadro de procesos productivos me permitió confirmar que la mano de obra indígena e infantil que participa en las cosechas y labores de campo de los productos hortícolas, ofrece una gran flexibilidad cuantitativa en términos contractuales y salariales, ya que son empleados en las peores condiciones laborales.

Por modernas que sean las empresas, y a pesar de que la mayor parte de su producción se dirija a la exportación, aun si mantienen una fuerte división del trabajo en los procesos productivos, me parece difícil considerar que se trata de mercados primarios, en el sentido que lo hace Piore en su teoría del mercado dual y que retoma Antonietta Barrón (1993, 1997). Se debe tener en cuenta que actualmente los mercados se entrelazan. Las empresas combinan formas de producir tradicionales (en donde existe una ligera división del trabajo) con formas muy modernas (equipos de trabajo o círculos de calidad) en donde precisamente se busca eliminar la rigidez en la división del trabajo. A su vez, se asocian con pequeños productores y pueden mantener etapas del proceso de producción con formas de organización de tipo *fordista-taylorista* (principalmente en los empaques) con

tecnologías de punta (sensores para determinar tamaño y color de productos, robots, etc.). Tampoco se puede decir que estas empresas conformen mercados con puestos de trabajo relativamente estables, buenas condiciones laborales y salariales, equidad y estabilidad en el empleo, propias de los mercados primarios (Barrón, 1992, pp. 21-22).

El camino que he seguido en mi investigación privilegió una metodología que me permitiera captar los elementos de cambio o “reestructuración” de las empresas. Más que mostrar lo que existe, pongo énfasis en lo que está cambiando y en qué direcciones. Mi conclusión es que se trata de un proceso, que en la medida que busca flexibilidad, difícilmente puede captarse como una foto fija, y más bien requiere de una película. Por lo mismo, no me aventuro a hacer tipologías ni clasificaciones que rápidamente perderían su razón de ser al seguir el curso de las transformaciones que día con día están teniendo lugar. Sólo he logrado señalar algunas tendencias que no podría decir si se mantendrán a futuro, pero que confirman mi impresión de que el mercado de trabajo rural es un espacio que reproduce las relaciones sociales que caracterizan a la sociedad en su conjunto, y que estas relaciones son asimétricas porque reproducen las desigualdades de clase, género, étnicas y generacionales.

Agenda para el futuro

Mi propuesta metodológica no resuelve la pregunta acerca de la capacidad del mercado de trabajo rural para emplear a la fuerza de trabajo actualmente disponible en el campo. Tampoco resuelve los problemas planteados por Pedrero (1997), y quizá, más bien, agrega otros elementos que dejan ver que las dificultades para contabilizar el empleo rural son enormes. Sobre todo porque encuentro que las unidades productivas que dan empleo se están transformando rápidamente, y que una serie de factores que tradicionalmente habían sido tomados en cuenta para medir el empleo, ya no pueden ser considerados de la misma manera.

No obstante, mi objetivo ha sido caracterizar el mercado de trabajo en sus aspectos cualitativos. En ese sentido, avanza algunos elementos para comprender las características actuales de ese mercado de trabajo y las condiciones en las cuales tienen que competir los trabajadores, hombres y mujeres, para poderse emplear. Por eso, creo haber puesto una atención particular en la organización de los procesos de trabajo y en las estrategias empresariales. Sin embargo, he dejado de lado uno de los problemas que habían sido destacados en los estudios que se referían a los procesos de descampesinización y a los trabajadores agrícolas; es decir, la dinámica de las comunidades de origen de la fuerza de trabajo y sus estrategias de reproducción.

Una investigación que pretenda abordar el mercado de trabajo rural en forma global necesariamente debe partir de comprender la dinámica de cambio de las empresas contratantes, pero no puede obviar que los trabajadores tienen sus propias estrategias, y que también éstas responden a la lógica de las comunidades étnicas, cuando se trata de mano de obra indígena, así como a las estrategias de género con las que hombres y mujeres se insertan en dicho mercado. Para ello, indudablemente, es necesario construir nuevas herramientas metodológicas.¹⁰

Otros asuntos han quedado pendientes en el estudio del comportamiento del mercado de trabajo, entre ellos las redes sociales que permiten a los jornaleros acceder a las empresas contratantes, arribar a las regiones en donde se concentra la demanda, organizar su vida cotidiana en los campamentos y albergues en los que tienen que residir mientras trabajan, las formas como se reproduce su identidad y su cultura. Todo ello es parte de la agenda para el estudio de un tema en el cual aún hay mucho por explorar.

¹⁰ Un enfoque de esta naturaleza es el que se tiene en el proyecto coordinado por Hubert C. de Grammont sobre Empresas, migración y mercado de trabajo rural en México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM (DGAPA) 1997-2000.

Referencias

- Aguirre Beltrán, M. y De Grammont, H. C., 1982. *Los jornaleros agrícolas en México*, Ed. Macehual, México.
- Appendini, K., 1995. "El contexto local y la diferenciación de los mercados de trabajo femeninos en la agroindustria", en *Condiciones laborales de la mujer rural*, Fundación Ford/Centro de Estudios Históricos de la Cuestión Agraria Mexicana, A.C., México.
- Arizpe, L. y Aranda, J., 1981. "Empleo agroindustrial y participación de las mujeres en el desarrollo rural: un estudio de las obreras agrícolas del cultivo de exportación de la fresa en Zamora, Mich.", *Seminario Tripartito Regional para América Latina y el Caribe sobre el Desarrollo Rural y la Mujer*, OIT Patz. Michoacán, México.
- Astorga, E., 1985. *El mercado de trabajo rural en México: la mercancía humana*, Ed. ERA, México.
- Bartra, R., 1974. *Estructura agraria y clases sociales en México*, Ed. ERA, México.
- Barrón, M.A., 1993. *Los mercados de trabajo rurales: el caso de las hortalizas en México*, Tesis de doctorado, Facultad de Economía, UNAM, México.
- Barrón, M.A., 1997. "Características de los mercados de trabajo en los cultivos no tradicionales de exportación: el caso de las hortalizas en México", en M.A. Barrón, M.A. y Sifuentes, E.L. (coord.) *Mercados de trabajo rurales en México: estudios de caso y metodologías*, Facultad de Economía-UNAM/ Universidad Autónoma de Nayarit, México.
- Barrón, M.A. y Sifuentes, E.L., 1997. *Mercados de trabajo rurales en México: estudios de caso y metodologías*, Facultad de Economía-UNAM/ Universidad Autónoma de Nayarit, México.
- Becerril, O., 1998. *Entre rosas y espinas, los andares femeninos*. Tesis de maestría en Antropología Social, ENAH, México.
- Botey, C., J.L. Heredia y M. Zepeda, 1975. *Los jornaleros agrícolas migratorios: una solución organizativa*, Secretaría de Reforma Agraria, México.
- C. De Grammont, H., 1986. *Asalariados agrícolas y sindicalismo en el campo mexicano*, Juan Pablos Editores, México.
- CDIA, Centro de Investigaciones Agrarias. 1974. *Estructura agraria y desarrollo agrícola en México*, F.C. E., México.
- Deere, C.D. y Leon, M. (comps.), 1986. *La mujer y la política agraria en América Latina*, ASEP-S.XXI, Bogotá.

- Ernest Feder, 1977. "Campesinistas y descampesinistas: tres enfoques divergentes (y no compatibles) sobre la destrucción del campesinado", en *Comercio Exterior*, vol.27, Núm 12, México.
- Gutelman, M., 1971. *Capitalismo y reforma agraria en México*, Ed. ERA, México.
- Kautsky, K., 1970. *La cuestión agraria*. Ruedo Ibérico, París.
- Lara, S. M., 1988. "El perfil de la jornada agrícola actual y su mercado de trabajo", en Josefina Aranda B. (compiladora), *Las Mujeres en el Campo*, Instituto de Investigaciones Sociológicas, Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, México.
- _____. 1992. "La flexibilidad del mercado de trabajo rural", *Revista Mexicana de Sociología*, Núm. 1, IISUNAM, México.
- _____. 1993. "Le conditionnement des produits maraichers dans l'état de Sinaloa: où comment une solidarité se façonne à travers solidarités et conflits", *Cahiers du GEDDIST*, Núm. 7, IRESKO, París.
- _____. 1995. *Jornaleras, temporeras y bóias-frias: el rostro femenino del mercado de trabajo rural en América Latina*, UNRISD-Nueva Sociedad, Caracas.
- _____. 1995b. "Las empacadoras de hortalizas en Sinaloa: historia de una calificación escatimada" en Soledad González y Vania Salles (coords.), *Género y transformaciones agrarias*, PIEM-COLMEX, México.
- _____. 1998. *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana*, Procuraduría Agraria-Juan Pablos Editor, México.
- _____. 1999a. "Criterios de calidad y empleo en la agricultura latinoamericana: un debate con el postfordismo" en *Innovación tecnológica y reorganización productiva en el sector agroexportador*, Hubert C. de Grammont (coord.), IISUNAM-Plaza y Valdés, México.
- _____. 1999b. "Características del Mercado de Trabajo Rural en el México de hoy" ponencia presentada en Coloquio *El Campo Mexicano: Los Retos de Fin de Siglo*, Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo, Hermosillo, Sonora, 15 de marzo, 1999.
- Lenin, V.I., 1971. *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Ediciones de Cultura Popular, México.
- León, M. (comp.), 1982. *Las trabajadoras del agro: debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe*, ACEP, Bogotá.
- Macías, Ma. de la L., 1995. *El trabajo femenino en el proceso de trabajo de tres cultivos de exportación en México*, Tesis de maestría, Facultad de Economía, UNAM, México.

- Marañón, B., 1996. *La agroexportación no tradicional y las relaciones laborales. La agroindustria del espárrago en Perú y México*, Tesis de maestría, FLACSO, México.
- Paré, Luisa, 1977. *El proletariado agrícola en México. ¿Obreros agrícolas o campesinos sin tierra?*, Siglo XXI Editores, México.
- Pedrero, M., 1997. "¿Se puede realmente captar el empleo rural?" en M.A. Barrón y E.L. Sifuentes (coord.) *Mercados de trabajo rurales en México: estudios de caso y metodologías*, Facultad de Economía-UNAM/ Universidad Autónoma de Nayarit, México.
- Pedrero, M. y Embriz A., 1992. "Los mercados de trabajo en las zonas rurales. Notas sobre la Encuesta Nacional de Empleo, 1988" en *Estudios Sociológicos*, Núm X:29, COLMEX, México.
- Piore, M., 1971. "The dual labor market: theory and complications" en D.M. Gorgon, *Problems in political economy: an urban perspective*, Heath and Company, Lexington, Mass.
- Pozas, R. y Horcasitas, I. (s/f). *Los indios en las clases sociales de México*, Siglo XXI Ed., México.
- Roldan, M., 1981. "Trabajo asalariado y condición de la mujer rural en un cultivo de exportación: el caso de las trabajadoras del tomate en el estado de Sinaloa, México", *Seminario Tripartito Regional para América Latina y el Caribe sobre el Desarrollo Rural y la Mujer*, OIT, Patz. Michoacán, México.
- Rooney, L., 1981. "Las mujeres asalariadas en los cultivos de exportación: el caso del municipio de Ensenada, Baja California Norte, México", *Seminario Tripartito Regional para América Latina y el Caribe sobre el Desarrollo Rural y la Mujer*, OIT, Patz, Michoacán, México.
- Salazar, 1986. *Las obreras agrícolas en el cultivo de hortalizas. Estudio de caso en el Valle de Culiacán, Sinaloa*, Tesis de licenciatura en Antropología Social, Escuela Nacional de Antropología e Historia, diciembre de 1986, México.
- Sifuentes, E.L., 1996. *Los mercados de fuerza de trabajo en la agricultura de Nayarit en el periodo 1970-1994 y la participación femenina*, Tesis de maestría, Facultad de Economía, UNAM, México.
- Suarez, B., 1995. "Las manos más hábiles de los empaques: el aguacate y el mango en Michoacán" en Sara María Lara (coord.), *Jornaleras, temporeras y boías-frias: el rostro femenino del mercado de trabajo rural en América Latina*, UNRISD-Nueva Sociedad, Caracas.